

**ÁGUILAS CONTRA LEONES:  
UNA VISIÓN METAFÓRICA DE LA CRISIS  
DE LA DEMOCRACIA EN LA EUROPA DE  
ENTREGUERRAS<sup>1</sup>**

**EAGLES VERSUS LIONS. A METAPHORICAL  
VISION OF THE CRISIS OF DEMOCRACY IN  
INTERWAR EUROPE**

Juan Francisco Fuentes  
Real Academia de la Historia

Andrea Donofrio  
Universidad Complutense de Madrid

Ángel L. Rubio  
Universidad Complutense de Madrid

In Rome Sir Eric Drummond, the British Ambassador (...), last week had the satisfaction of signing with Il Duce's son-in-law, Italian Foreign Minister Count Galeazzo Ciano, a general Anglo-Italian pact of conciliation, appeasement and concord. Having affixed their signatures, the Briton and the Italian clasped and shook hands with particular vigor and warmth. The Eagle of Fascism had made peace with the British Lion.

“Fascist Eagle & British Lion”, *Time*, 11 de enero de 1937

**SUMARIO:** I. DEL COLAPSO DE LAS MONARQUÍAS AL FRACASO DEL LIBERALISMO TRAS LA GRAN GUERRA.- II. AUJE DEL TOTALITARISMO Y FRAGILIDAD REPUBLICANA: CRONOLOGÍA Y CARTOGRAFÍA DE LA EUROPA AUTORITARIA.- III. ÁGUILAS Y LEONES: UNA DICOTOMÍA SIMBÓLICA.- IV. EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN: LOS LEONES VENCIERON A LAS ÁGUILAS (¿O NO?).

---

<sup>1</sup> Este artículo es resultado del proyecto de investigación *Diccionario de símbolos políticos y sociales de la Europa contemporánea. Claves iconográficas e hitos simbólicos del imaginario europeo del siglo XX* (MICINN: PID2020-116323GB-I00).

**Resumen:** La crisis de la democracia entre las dos guerras mundiales es un fenómeno tratado ampliamente por la literatura académica, pero que sigue planteando preguntas de difícil respuesta. Una de ellas podría formularse en estos términos: por qué el liberalismo ganó la guerra y perdió la paz. Este artículo pretende mostrar con precisión las coordenadas espacio-temporales del declive del régimen parlamentario en los años posteriores a la Gran Guerra, con un significativo desdoblamiento según la forma de gobierno, monarquía o república, de cada Estado. Asimismo, aporta una clave apenas considerada hasta ahora, cual es la línea divisoria que viene determinada por el animal preponderante, águila o león, en la mayoría de los escudos nacionales de la Europa de entreguerras y las correlaciones políticas que se derivan de esa división simbólica.

**Abstract:** The crisis of democracy between the two world wars is a phenomenon extensively addressed in academic literature, yet it continues to pose challenging questions. One such question could be framed as follows: why did liberalism win the war but lose the peace? This article seeks to precisely outline the spatio-temporal coordinates of the decline of parliamentary regimes in the years following the Great War, highlighting a significant divergence based on each state's form of government – monarchy or republic. Likewise, it introduces a scarcely explored perspective: the dividing line defined by the predominant animal –eagle or lion– on most national coats of arms in interwar Europe, and the political correlations that stem from this symbolic division.

**Palabras clave:** Símbolos, liberalismo, monarquía, república, democracia, totalitarismo.

**Keywords:** Symbols, liberalism, monarchy, republic, democracy, totalitarianism.

## **I. DEL COLAPSO DE LAS MONARQUÍAS AL FRACASO DEL LIBERALISMO TRAS LA GRAN GUERRA**

En una portada publicada en mayo de 1917 en la revista *España*, fundada por Ortega y Gasset dos años antes y dirigida entonces por el socialista Luis Araquistáin, el dibujante español Luis Bagaría auguraba la próxima extinción de las monarquías de la faz de la tierra.<sup>2</sup> Un turista del futuro, visitante de un imaginario “Museo del Porvenir”, se detiene ante una gran corona real expuesta como un vestigio del pasado dentro de una campana de cristal. Junto a la peana que la sostiene, un perro sonrío, travieso, a la vez que parece guiñar un ojo como reconociendo su

---

<sup>2</sup> *España. Semanario de la vida nacional*, 17 de mayo de 1917.

travesura, que no es otra que haberse orinado en la peana monárquica. Con la guía del museo en la mano, el turista descubre asombrado que “este chisme”, sin duda la corona, “dejó de usarse a principios del siglo XX”.

En el momento de publicarse la viñeta de Bagaría hacía dos meses que el zarismo había sido abolido en Rusia. Tal era el único motivo que podía tener el dibujante, además de sus simpatías republicanas, para asegurar que el poder hereditario y sus símbolos estaban a punto de convertirse en piezas de museo. Y así lo pareció, efectivamente, un año y medio después, cuando el fin de la guerra trajo consigo la caída de algunas de las principales monarquías europeas y la puesta en marcha de una republicanización de Europa que en aquellas circunstancias parecía inexorable. El estado de opinión más extendido, aquel que anticipa Bagaría en su viñeta, consideraba la república la alternativa natural a las autocracias derrotadas en la guerra y a la crisis del régimen parlamentario, tal como se había concebido hasta entonces: como un pacto *in extremis* entre la soberanía nacional y la monarquía que permitía prolongar la vida de esta última. Había llegado el momento de poner las cosas en su sitio. El liberalismo decimonónico tenía que dar paso a una verdadera democracia, que para muchos resultaba incompatible con el poder hereditario.

Los acontecimientos discurrieron de forma muy distinta a lo que cabía prever al acabar la contienda, salvo en lo referente al agotamiento del régimen liberal vigente en Europa en las últimas décadas. Aunque es difícil encontrar un periodo de la Historia contemporánea en que no se hable de crisis del liberalismo, no cabe duda de que su descrédito en la etapa de entreguerras y los malos augurios sobre su futuro respondían a una sintomatología específica, en la que confluían factores objetivos y percepciones subjetivas que en última instancia se remontaban al *fin-de-siècle* europeo. Al cuestionamiento que venía sufriendo el régimen parlamentario desde entonces, se añadieron la quiebra económica y moral provocada por la Gran Guerra y el caos político y territorial de la posguerra, y a todo ello, los efectos del crac del 29, que tuvo consecuencias devastadoras en Europa. La doble crisis, política y económica, de los años treinta explica la proliferación de regímenes dictatoriales instaurados como alternativa a la crisis sistémica del liberalismo en unos años en que la Rusia soviética parecía definitivamente consolidada y su economía, impulsada por los primeros planes quinquenales, registraba tasas de crecimiento impensables en la Europa capitalista.

Se agravaba de esta forma una sensación que no había dejado de crecer entre las viejas élites europeas desde el triunfo de la Revolución rusa en 1917. El rey de España, Alfonso XIII, lo expresó con toda claridad en unas declaraciones a la revista *Paris-Midi* en 1925, en plena dictadura del general Primo de Rivera: “El gran problema de hoy está

en saber si el parlamentarismo es capaz de defender el actual espíritu de cosas contra el espíritu soviético. (...) España e Italia han contestado ya. Alemania lo hará dentro de tres días. Cualquiera que sea su veredicto, no será, seguramente, el del desorden”.<sup>3</sup> El directorio militar instaurado con su apoyo en 1923 fue una apuesta fallida, tal vez prematura, que a Alfonso XIII le costó el trono en 1931, pero el cambio de régimen reflejaba fielmente la tendencia dominante en la etapa de entreguerras. El avance de las dictaduras en detrimento de los regímenes parlamentarios más o menos democráticos dejó un saldo inequívoco: de los 35 contabilizados en todo el mundo en 1920 subsistían 17 en 1938 y 12, sobre un total de 64 países, en 1944.<sup>4</sup> En Europa, la proporción es similar: de la veintena de estados que en 1920 contaban con sistemas parlamentarios quedaba apenas la mitad en vísperas del comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Incluso en un país como España, que a partir de 1931 tomó el camino contrario ante el estrepitoso fracaso de la dictadura militar, la fe en la democracia se fue desinflando rápidamente tras la proclamación de la República el 14 de abril. Dos años y medio después, el socialista Francisco Largo Caballero, ministro del gobierno republicano hasta unos días antes, reconoció en una reunión de la ejecutiva del PSOE que “la palabra democracia [estaba] entre la clase trabajadora un poco en desuso”.<sup>5</sup> Era el comienzo del llamado “giro bolchevique” del socialismo español, impulsado por el propio Largo Caballero, que llevó al principal partido de la izquierda española a dar por terminada su colaboración con una democracia tachada de burguesa, e incluso a desear la muerte de la república lo antes posible y a manos de quien fuera.<sup>6</sup> En el otro extremo del espectro político, el líder de la CEDA, José María Gil Robles, atribuyó a la quiebra de la democracia un carácter universal, que trascendía con mucho los graves problemas de la II República española: la democracia y el parlamentarismo, según él, se estaban “hundiendo en el mundo entero”.<sup>7</sup>

Nada hacía preverlo en noviembre de 1918, cuando una coalición de estados mayoritariamente liberales derrotó a los grandes imperios

---

<sup>3</sup> Cit. Fernando Soldevilla, *El año político. 1925*, Imprenta y encuadernación de Julio Cosano, Madrid, 1926, p. 165.

<sup>4</sup> Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Abacus, London, 1996, p. 112.

<sup>5</sup> Intervención de Francisco Largo Caballero en el Comité Nacional del PSOE, 19 de septiembre de 1933; Acta de la CN, Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias, Alcalá de Henares (Madrid), 24-1.

<sup>6</sup> “¿A manos de quién debe morir? A las de cualquiera. Eso nos es indiferente”; “Denuncia de la República: Ni vestida ni desnuda nos interesa”, editorial de *El Socialista*, 28 de julio de 1934.

<sup>7</sup> Cit. Javier Fernández Sebastián, voz “*Democracia*”, en J. Fernández Sebastián y J. F. Fuentes, dirs.: *Diccionario político y social del siglo XX español*, Alianza Ed., Madrid, 2008, p. 351.

autocráticos, Alemania, Austria-Hungría y el Imperio otomano, y a alguna monarquía, como Bulgaria, alineada con ellos. En un doble efecto dominó, militar y político, los reyes y emperadores que habían llevado a Europa a la guerra fueron pidiendo la paz, uno tras otro, y abandonando el poder antes de que fuera demasiado tarde, con el recuerdo bien presente de lo ocurrido en Rusia el año anterior y una clara disposición a aceptar el mal menor, que no era otro que renunciar al trono para salvar la vida. La interpretación, muy común entre los aliadófilos españoles, de la Gran Guerra como un choque entre civilización y barbarie, la primera identificada con las democracias occidentales y la segunda con las Potencias centrales lideradas por el káiser Guillermo II de Alemania, ganó peso a partir de 1917 debido a dos acontecimientos casi coincidentes. Por un lado, la Revolución rusa de febrero de aquel año y la subsiguiente abolición del zarismo pusieron fin a la única autocracia que formaba parte del bando aliado. Por otro, la entrada de Estados Unidos en guerra, en abril de 1917, en nombre de la democracia dio a la contienda un carácter definitivamente político. Con la implantación en Rusia de una república liberal que duró hasta la revolución de octubre y el papel asumido por Estados Unidos como garante de las libertades en el mundo –“The world must be made safe for democracy”<sup>8</sup>– los frentes militares delimitaron dos bloques políticos casi homogéneos: a un lado, el liberalismo; al otro, la autocracia.

Había motivos, pues, para creer que el desenlace de la guerra traería consigo la implantación de repúblicas parlamentarias en sustitución de las viejas monarquías autocráticas y militaristas. Y así fue en un primer momento. En Alemania, la derrota provocó la abdicación del káiser Guillermo II y la subsiguiente proclamación de la república, que tras una fallida intentona revolucionaria, al estilo soviético, se convirtió en la democracia más avanzada del mundo, según los principios recogidos en la Constitución de Weimar de 1919. De la implosión territorial del Imperio austrohúngaro en noviembre de 1918 surgieron tres nuevos estados independientes organizados en forma de repúblicas democráticas de muy distinta duración: Austria, Hungría y Checoslovaquia, en los dos primeros casos tras vivir intentonas revolucionarias abortadas *manu militari*. Retazos de los imperios alemán, austrohúngaro y ruso sirvieron para formar un estado independiente en Polonia, regido asimismo por una república parlamentaria. El viejo Imperio otomano, vencido y mutilado territorialmente en 1918, fue sustituido en 1923, tras un periodo de turbulencias y desgobierno, por la Turquía republicana

---

<sup>8</sup> Discurso del presidente Woodrow Wilson ante el Congreso de Estados Unidos del 2 de abril de 1917 declarando la guerra a Alemania. Documento digitalizado y transcrito en la web de los U.S. National Archives and Records Administration (consultado en línea el 22 de diciembre de 2024).

presidida por Mustafá Kemal. Incluso Grecia, que participó en la Gran Guerra junto a los vencedores, vivió el tránsito entre una y otra forma de gobierno cuando en 1924 el parlamento declaró abolida la monarquía y proclamada la República Helénica (1924-1935). Solo la nueva Yugoslavia unificada se convirtió en reino a finales de 1918 al integrar en la misma estructura territorial y política los dos pequeños estados existentes antes de la guerra, Montenegro y Serbia, y diversos territorios desgajados del antiguo Imperio austrohúngaro. Pedro I, rey de Serbia, pasó a serlo a partir de 1918 del conjunto del país, denominado en un primer momento Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. Atípica en muchos sentidos, por ejemplo, en su inicial naturaleza democrática, la monarquía yugoslava cumplió a la perfección, sin embargo, el paradigma político de la Europa de entreguerras. Del sistema parlamentario de sus comienzos, el joven país balcánico mutó en dictadura en 1929.<sup>9</sup> En el caso de la pequeña Albania, independizada del Imperio otomano en 1912, su migración política fue un viaje de ida y vuelta entre el poder hereditario y la república,<sup>10</sup> al abolir el principado en 1925, proclamar entonces una república de tipo occidental que estuvo vigente durante tres años e instaurar en 1928 una monarquía proitaliana con connotaciones fascistas, que no libró a Albania de ser invadida por Italia en abril de 1939.

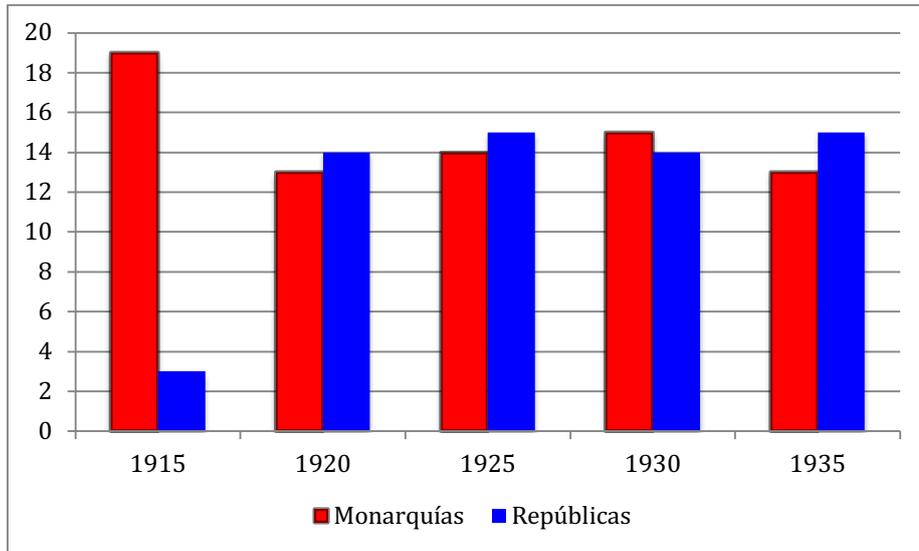
La evolución de Europa en los años posteriores a la Gran Guerra no cumplió del todo, por tanto, el escenario que parecía más previsible. Cierto: a partir de 1917 cayeron imperios y monarquías señalados como responsables del conflicto y considerados incompatibles con el nuevo orden internacional. En su lugar, surgieron repúblicas por doquier, que incrementaron significativamente su número total en Europa: de tres a catorce entre 1914 y 1920. En realidad, el proceso de sustitución de monarquías por repúblicas se frenó muy pronto y dio paso a una situación estable que se mantuvo hasta finales de los años 30, aunque con algunas variaciones en un sentido u otro –la instauración de la regencia en Hungría en 1920, la proclamación de la república en España en 1931 o la vuelta de la monarquía en Grecia en 1935– que no alteraron sustancialmente el equilibrio entre unas y otras, según se observa en el siguiente gráfico:

---

<sup>9</sup> Cody James Inglis, *The Languages of Monarchism in Interwar Yugoslavia, 1918–1941: Variations on a Theme*, History of European Ideas, 2023, pp. 1-17 (<https://www.tandfonline.com/doi/epdf/10.1080/01916599.2023.2233061?needAccess=true>).

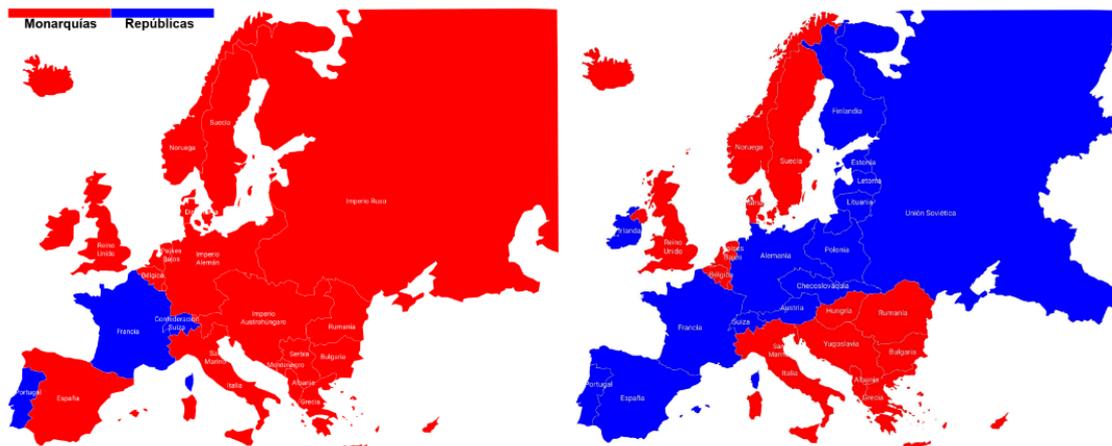
<sup>10</sup> Sobre la interesante y poco conocida historia de la Albania de entreguerras, véase el artículo de Sadik Haxhiu y Avni H. Alidemaj *The Development of Constitutionalism in Albania 1912-1938*”, Historia Constitucional, n.º. 24, 2023, pp. 585-602.

Gráfico 1:  
Número de monarquías y repúblicas en la Europa de entreguerras<sup>11</sup>



Fuente: elaboración propia

Mapa 1:  
Monarquías y repúblicas en la Europa de entreguerras (1915-1935)  
Fuente: elaboración propia



Así pues, ni las monarquías fueron barridas de Europa a partir de 1918 ni la derrota de las autocracias supuso a medio plazo el triunfo de la democracia, como creyeron los vencedores y especialmente el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson. El orden internacional patrocinado por él, pensado para pacificar de una vez por todas el Viejo Continente, resultó ser, en palabras de Henry Kissinger, una mezcla letal de “American utopianism and European paranoia”.<sup>12</sup> Tras llenar el vacío

<sup>11</sup> El cómputo corresponde al 1 de enero de cada año.

<sup>12</sup> Henry Kissinger, *Diplomacy*, Simon & Schuster, Paperbacks, New York–London–Toronto–Sidney, 1994, p. 240.

de poder que dejaron reyes y emperadores, las nuevas repúblicas fueron incapaces de consolidarse como factores de estabilidad internacional y expresión de un liberalismo avanzado, a la altura del siglo XX. De ahí la relevancia que suele atribuirse a la Alemania de Weimar como ejemplo del colapso de la Europa wilsoniana, al ser la república que llevó más lejos el espíritu democrático de la nueva era y aquella en la que fueron más graves las consecuencias nacionales e internacionales de su fracaso. En suma: la intensa, pero efímera, oleada republicana posterior a 1918 se vio contrarrestada en los años siguientes por una ola antiliberal sin precedentes, que afectó por igual a monarquías y repúblicas. Estas últimas estuvieron lejos, pues, de ser el valladar infranqueable ante el militarismo y la autocracia, en sus nuevas y temibles acepciones, que los arquitectos del nuevo orden internacional confiaron que fueran. Al contrario, su fragilidad fue mayor que la de las monarquías constitucionales más consolidadas, principal, aunque precaria, fuente de estabilidad en una Europa en crisis.

## **II. AUGE DEL TOTALITARISMO Y FRAGILIDAD REPUBLICANA: CRONOLOGÍA Y CARTOGRAFÍA DE LA EUROPA AUTORITARIA**

Si el declive de la realeza resultaba comprensible tras la derrota de las autocracias, era difícil imaginar que las repúblicas nacidas de la victoria aliada serían víctimas, también ellas, del empuje del totalitarismo, el concepto político que iba a definir la historia de la Europa de entreguerras y de buena parte del siglo XX. Documentado ya en 1924, el nuevo *ismo* era un derivado del adjetivo *totalitario*, acuñado en Italia por un opositor al fascismo, Giovanni Amendola, en mayo de 1923, meses después de que Benito Mussolini alcanzara el poder en el marco, todavía, de una monarquía parlamentaria.<sup>13</sup> Era cuestión de tiempo que el fascismo pusiera en ella su sello totalitario, incluso en el escudo de la vieja Casa de Saboya, como se verá más adelante.

El totalitarismo será uno de los factores clave en la polarización política de los años veinte y treinta y el principal desafío al orden liberal instaurado en Europa a lo largo del siglo XIX. Aunque en el interior del espacio totalitario se reconocen dos versiones antagónicas condenadas a enfrentarse, el fascismo ítalo-alemán y el comunismo soviético, conviene recordar que durante los casi dos años que estuvo en vigor el pacto germano-soviético, entre agosto de 1939 y junio de 1941, los dos estados totalitarios antepusieron sus intereses geopolíticos y la lucha contra su enemigo común, la democracia liberal, a la dialéctica fascismo/antifascismo que había prevalecido hasta entonces. Caben otras formas de deli-

---

<sup>13</sup> Juan Francisco Fuentes, *Totalitarianisms: The Closed Society and Its Friends. A History of Crossed Languages*, Cantabria University Press, Santander, 2019, pp. 45-49.

mitar las fronteras ideológicas en la evolución del Viejo Continente tras la Gran Guerra. La división entre una Europa republicana y otra monárquica responde a la lógica del primer momento. Pero con el paso del tiempo la equiparación de la primera con la democracia y de la segunda con un Antiguo Régimen residual, destinado a desaparecer o a reencarnarse en el fascismo, se vio desmentida por las numerosas excepciones que fueron apareciendo a uno y otro lado de esa línea divisoria. Ni todas las repúblicas de entreguerras fueron democráticas –de hecho, un buen número de ellas degeneraron en dictaduras–, ni todas las monarquías, autoritarias.

En la Europa monárquica se distinguen también dos espacios diferenciados. Uno, en retroceso, lo forman aquellos reinos que conservaron e incluso democratizaron el sistema parlamentario frente a las turbulencias políticas y económicas de aquellos años. Ejemplo de ello será el acceso de la izquierda obrera al poder en Suecia y el Reino Unido en 1920 y 1924, respectivamente; en el primer caso, al nombrar el rey Gustavo V primer ministro al líder del Partido Socialdemócrata sueco, Karl Hjalmar Branting, que se convirtió así en el primer socialista en presidir un gabinete bajo una monarquía parlamentaria. Cuatro años después, en enero de 1924, el rey Jorge V de Inglaterra encargó formar gobierno al laborista Ramsay MacDonald, tras el resultado obtenido por el Labour Party en las recientes elecciones legislativas. La introducción del sufragio femenino supuso asimismo un paso trascendental e irreversible en la democratización de algunas monarquías, como el Reino Unido (en dos fases: 1918 y 1928), Luxemburgo (1918), Holanda (1919) y Suecia (1921), todas ellas mucho antes de que la República francesa, paradigma y modelo de la Europa republicana, concediera el voto a las mujeres (1944). Pero frente a aquellas monarquías que optaron por la democracia, hubo un número no desdeñable que en algún momento sucumbieron a la tentación autoritaria, por considerar, como afirmó Alfonso XIII en sus declaraciones a *Paris-Midi*, que el parlamentarismo era incapaz “de defender el actual espíritu de cosas contra el espíritu soviético”.

Esta polarización a favor o en contra del liberalismo tendrá una clara plasmación en el mapa de Europa. Todas las dinastías que permanecieron fieles al régimen constitucional se localizaban en el norte y el oeste del continente: Reino Unido, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega y Suecia. En el sur y el este se encontraban, sin excepción, aquellas que apoyaron soluciones autoritarias o abiertamente fascistas ante la crisis del liberalismo y del orden internacional instaurado tras la Gran Guerra. Boris III de Bulgaria se decantó por la dictadura en 1918; la monarquía restaurada en Hungría en 1920 se convirtió ese mismo año en una regencia autoritaria, ejercida por el almirante Miklós Horthy; Víctor Manuel III de Italia entregó el poder a Mussolini en 1922; en España, Alfonso XIII hizo lo propio con Primo de Rivera en 1923; en Albania, Ahmed Zogu se coronó rey en 1928 y asumió plenos poderes con el nombre de

Zog I, y Yugoslavia, Grecia y Rumanía derivaron en regímenes autoritarios, por iniciativa o con la aquiescencia de sus respectivos monarcas, en 1929, 1936 y 1938.

Mapa 2:  
Monarquías parlamentarias vs. Monarquías autoritarias o fascistas (1938)



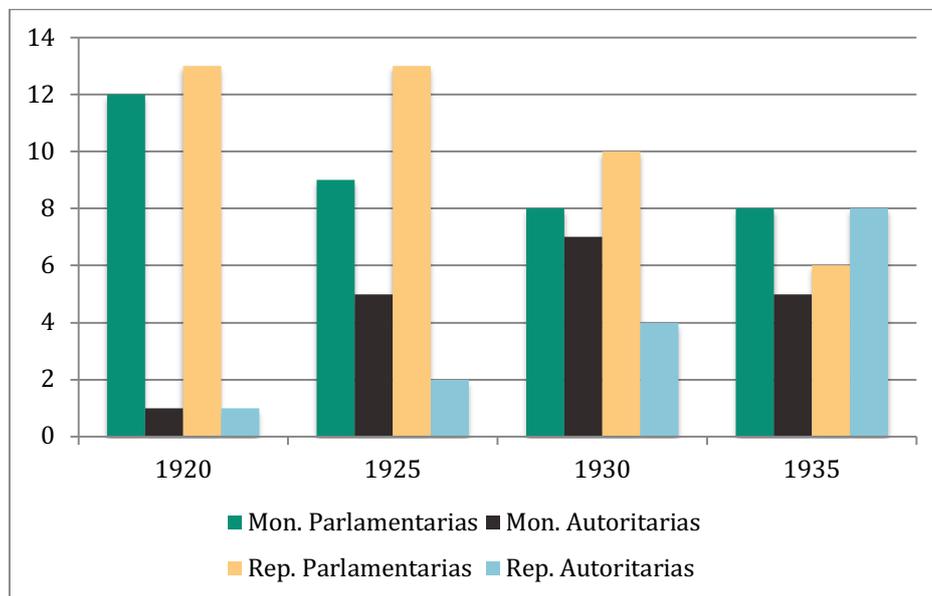
Fuente: elaboración propia

La supervivencia de las instituciones liberales entre las repúblicas europeas fue aún menor que entre las monarquías. Distintas modalidades de toma del poder –levantamientos armados, golpes o autogolpes fascistas, asalto a las instituciones, suspensión prolongada del régimen constitucional...– llevaron a la mayor parte de los estados republicanos a pasar, a lo largo de aquellos años, del sistema parlamentario a un autoritarismo de intensidad variable. Por esa senda transitaban Hungría en 1920 al instaurarse la regencia del almirante Horthy, que puso fin a la república; Grecia bajo la dictadura republicana del general Pangalos (1925-1926), Portugal, Lituania y Polonia a partir de 1926, Alemania y Austria en 1933, tras el acceso de Hitler al poder y la disolución del Parlamento austriaco por Dollfuss; Estonia y Letonia en 1934 y España a partir de la sublevación militar de julio de 1936 y del comienzo de la Guerra Civil. El giro autoritario que se produjo en estos países no dio lugar a una restauración monárquica, salvo en el caso, bastante *sui generis*, de Hungría

en 1920, aunque sí, excepcionalmente, a la abolición del Estado republicano o a su confinamiento en una suerte de limbo jurídico-institucional, como en Austria y Alemania. Pero, en general, se demostró que república y autoritarismo podían convivir perfectamente, retomando así una vieja tradición política que se remontaba a la antigua Roma y reivindicaba las virtudes de la dictadura republicana.<sup>14</sup> Por el contrario, muchos de los impulsores del giro autoritario en las repúblicas de entreguerras vieron en la monarquía una institución marcada por su reciente pasado parlamentario, por su vinculación con las viejas élites conservadoras y en algunos casos por la derrota de sus países en 1918.

Gráfico 2:

El impacto de la ola antiliberal: evolución del número de monarquías y repúblicas parlamentarias y autoritarias



Fuente: elaboración propia

El mapa de las repúblicas autoritarias guarda escasas semejanzas con aquel que dibujan las monarquías del mismo signo. Las dictaduras republicanas ocupan un espacio mucho más extenso, en un arco que abarca desde la URSS, los estados bálticos y Polonia en el nordeste hasta Portugal en el sudoeste. En cambio, la geografía de las repúblicas democráticas –Francia, Irlanda, Suiza, Finlandia, España hasta el inicio de la Guerra Civil y Checoslovaquia hasta su desmembración por Alemania– es más limitada y dispersa que la de aquellos reinos, más numerosos, que no llegaron a abandonar el sistema parlamentario.

<sup>14</sup> Andreas Kalyvas, *The Sublime Dignity of the Dictator: Republicanism and the Return of Dictatorship in Political Modernity*, en P. Wagner, ed., *African, American and European Trajectories of Modernity: Past Oppression, Future Justice?*, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2015, pp. 77-100.

Mapa 3:  
Repúblicas parlamentarias *vs.* Repúblicas autoritarias (1935)



Fuente: elaboración propia

Hay además una significativa diferencia cronológica en el impacto del autoritarismo en una y otra forma de gobierno. Mientras las monarquías lo sufrieron en mayor medida en los primeros años veinte, la crisis de las repúblicas parlamentarias se produjo principalmente en la década siguiente. Podría decirse que las primeras fueron víctimas sobre todo de la gran oleada antiliberal que se produce en la inmediata posguerra mundial, y las segundas, de los estragos de la crisis económica y social desatada por el crac del 29. Pese a estas diferencias cronológicas y a la mayor vulnerabilidad de las repúblicas al virus antiliberal, la crisis del régimen representativo tiene consecuencias similares a uno y otro lado de la línea que separa a la Europa monárquica de la republicana. Una de ellas atañe al papel de los emblemas nacionales como expresión de una polarización ideológica que abocaría a Europa a una nueva guerra.

### III. ÁGUILAS Y LEONES: UNA DICOTOMÍA SIMBÓLICA

Junto a la división geopolítica de la Europa de entreguerras –regímenes liberales al norte y al oeste, con una u otra forma de gobierno, y autoritarios al sur y al este– se observa una significativa divergencia simbólica en los escudos de los países europeos según su evolución a lo

largo de estos años. Al final de la etapa de entreguerras, los leones son mayoría en los estados parlamentarios y las águilas se encuentran todas en los escudos de estados autoritarios o abiertamente totalitarios. Se trata de un fenómeno sorprendente a simple vista, que refleja la confluencia entre el tiempo largo, casi inmemorial, de los símbolos y el tiempo corto de la política moderna, en permanente aceleración. En realidad, esta sincronización de tiempos históricos tan dispares responde a la lógica que rige la relación entre simbología y política en el mundo contemporáneo, muy poco original desde el punto de vista de la iconografía del poder, pero capaz de reutilizar con enorme provecho formas arcaicas de autorrepresentación simbólica de eficacia probada en las más diversas épocas y civilizaciones.

La frecuente presencia de animales, reales o imaginarios, en los escudos de armas de los estados responde en la mayoría de los casos a tradiciones ancestrales, incorporadas en su día a la emblemática de las dinastías reinantes y ajenas a los códigos políticos del mundo moderno. El trasvase de blasones entre casas reales, a veces fruto de sus alianzas matrimoniales o de la extinción de una dinastía, y las vicisitudes territoriales de sus reinos hicieron de la heráldica de las monarquías europeas un puzle complejo y cambiante, más intrincado aún cuando a partir del siglo XVIII se vieron inmersas en procesos de *nation-building* a los que aportaron su propio acervo –himnos, escudos, banderas, alegorías...– para la construcción simbólica del nuevo Estado nación. El repertorio de animales que figuran en los escudos de los reinos e imperios europeos es relativamente limitado, en parte debido a su capacidad para mutar de significado y adaptarse a momentos y lugares completamente distintos. Podría decirse que, en vez de ampliar el número de animales o de otros elementos heráldicos, el Estado moderno multiplicó los significados y usos de los ya existentes. Así, el unicornio de la monarquía escocesa pasó en el siglo XVII al escudo del Reino Unido, donde cuatro siglos después permanece como blasón de la dinastía reinante. El *coq gaulois* de la antigua monarquía francesa devino con el tiempo en exponente de la Francia republicana. Lo mismo sucedió con el león en España y el águila en Alemania, que transitaron de la monarquía a la república, como veremos a continuación, en un proceso paradigmático de continuidad de un símbolo y radical mutación de su significado. Hubo, en cambio, intentos de crear una simbología *ex novo* que no fructificaron, como la abeja napoleónica, concebida como alternativa industrial y campesina al mismo tiempo a la flor de lis borbónica y al gorro frigio republicano.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Yann Moulier Boutang, “*L’abeille comme modèle politique*”, Labyrinthe [en línea], n° 40, 2013 (<https://doi.org/10.4000/labyrinthe.4323>).

Contrariamente a lo que podría parecer, que existe una incompatibilidad insalvable entre los remotos orígenes de los viejos símbolos y la pulsión adanista de la modernidad política, los momentos de ruptura histórica suelen representarse a través de las imágenes de siempre, cuanto más antiguas mejor. La razón de ello es la tendencia de las revoluciones y contrarrevoluciones modernas a buscar en el pasado una identidad simbólica que las legitime, como si esa lejanía les diera las credenciales y el prestigio necesarios para ser tomadas en serio. De la antigua Roma proceden tanto el gorro frigio, versión actualizada del *pileus* romano, que la Revolución francesa elevó a símbolo del republicanismo moderno como el águila del fascismo italiano y de otros imperialismos contemporáneos. De la Grecia clásica y de las leyendas germánicas extrajo el nazismo buena parte de su repertorio de mitos y ritos. Es la lógica de las “tradiciones inventadas” de Hobsbawm y Renger o de eso que, con mayor propiedad, ha llamado Javier Fernández Sebastián “tradiciones electivas”.<sup>16</sup> De igual forma, cabría hablar de una simbología electiva en la reiteración de ciertos animales, como el león y el águila, en la emblemática de muchos estados modernos, incluidas algunas repúblicas, que se han nutrido de la tradición simbólica de las viejas dinastías.

“As a heraldic animal”, ha escrito un autor, el águila “has been the second (after the lion) most common animal motif in heraldry since the Middle Ages”.<sup>17</sup> Para Michel Pastoureau, el león es, efectivamente, “de très loin la figure héraldique la plus fréquente dans les armoiries médiévales”,<sup>18</sup> por encima del águila, con la que mantenía ya una clara competencia en la heráldica europea. Así sucede también en el periodo de entreguerras, cuando el león prevalece sobre el águila, y ambos, con gran diferencia, sobre los demás animales que aparecen en los escudos de armas de los estados europeos. Juan Eduardo Cirlot se remonta al antiguo Egipto para explicar el parentesco simbólico entre el águila y el león, prolongado luego en el cristianismo,<sup>19</sup> y Rosa Sala, en su estudio sobre los mitos y la iconografía del III Reich, subraya el significado que, desde la Antigüedad hasta la actualidad, ha tenido el águila como “símbolo por

---

<sup>16</sup> Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983; Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el mundo atlántico. Lenguajes, metáforas, revoluciones*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2021, cap. “Las tradiciones inventadas de los modernos”, pp. 115-151.

<sup>17</sup> Slawomir Filipek, “*The King of Birds and the Bird of Kings About the Symbolism of the Eagle in Culture, Beliefs and Art*”, *Asian Journal of Social Science Studies*, n° 8, 2, 2023, p. 21 (DOI:10.20849/ajsss.v8i2.1359).

<sup>18</sup> Michel Pastoureau: “*Quel est le roi des animaux?*”, *Actes des congrès de la Société des historiens médiévistes de l'enseignement supérieur public*, 15° congreso: *Le monde animal et ses représentations au moyen-âge (XIe-XVe siècles)*, Toulouse, 1984, pp. 133-142 (doi: <https://doi.org/10.3406/shmes.1984.1442>).

<sup>19</sup> Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Ed. Siruela, Madrid, 2023, pp. 71-72 y 279.

excelencia del poder soberano”.<sup>20</sup> Era, según Hitler, “el ario del reino animal”,<sup>21</sup> lo que explica su omnipresencia en la simbología nazi –también, como queda indicado, en la del fascismo italiano.

Se trata de un caso especialmente aleccionador de la adaptabilidad de los símbolos a marcos históricos, culturales e institucionales diversos e incluso antitéticos. Basta recordar que el águila formó parte del escudo de Alemania sucesivamente bajo el imperio derrocado en 1918, durante la República de Weimar,<sup>22</sup> en el III Reich, en la República Federal Alemana y en la Alemania unificada tras la caída del muro de Berlín. Bien es cierto que la forma de representarla llegó a experimentar cambios sustanciales, que reforzaban o matizaban su condición de ave de presa, casi irreconocible en la “gallina gorda” (*die fette Hanne*) que, según la denominación popular, ornaba el Parlamento de Bonn durante la RFA y preside en la actualidad el Reichstag en Berlín.<sup>23</sup> Todo lo contrario sucedió en Rusia con el águila bicéfala del zarismo tras su derrocamiento en febrero de 1917, desaparecida durante décadas y solo recuperada tras el fin del comunismo. La diferente suerte que corrieron el águila alemana y la rusa, la primera inmune a los cambios políticos, aunque adaptada a ellos, y la segunda, víctima propiciatoria de la caída del zarismo, se explica probablemente por el distinto grado de nacionalización que habían alcanzado los dos países a principios del siglo XX, mucho más avanzada en Alemania que en Rusia. Mientras en el Reich alemán –una caracterización más territorial que política que conservó bajo la República de Weimar– el águila llegó a simbolizar la identidad nacional con uno u otro régimen, en la Rusia zarista no pasó de representar a la dinastía reinante. De ahí que la ola iconoclasta que se apoderó del país, y en particular de la capital, Petrogrado, en febrero de 1917 trajera consigo la destrucción sistemática de las águilas bicéfalas que ostentaban los edificios oficiales e incluso, por equivocación, de aquellas, completamente distintas, que visibilizaban la presencia diplomática de Estados Unidos en la capital.<sup>24</sup>

El águila ha simbolizado desde la antigua Roma una concepción imperial, y eventualmente autocrática, del poder, que se habría difundido por aquellos territorios y reinos que, principalmente en el centro y el este del continente, se proclamaron herederos de la antigua Roma im-

---

<sup>20</sup> Rosa Sala Rose, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, Acanalado, Barcelona, 2004, p. 39.

<sup>21</sup> Cit. *ibid.*, p. 41.

<sup>22</sup> Decreto del presidente de la República, Friedrich Ebert, del 11 de noviembre de 1919, accesible en línea en <http://www.documentarchiv.de/>.

<sup>23</sup> Luis Fernández Galiano, “El águila que sonríe”, *El País*, 15 de mayo de 1999.

<sup>24</sup> Orlando Figes, *La Revolución rusa. La tragedia de un pueblo (1891-1924)*, Ed. Taurus, Barcelona, 2021 [ed. digital], p. 1119 y n. Véase también el artículo de Emilia Koustiva “*Le Palais de Tauride, berceau de la révolution russe*”, *La Revue russe*, n° 49, 2017, pp. 29-43.

perial y/o cristiana. El león, por el contrario, se asociaba más bien con una concepción patrimonial y carismática de la monarquía. “*Leo fortis, rex fortis, leo rex*”: tal sería, señala un historiador, la secuencia lógica que explicaría la identificación entre la figura del rey y su equivalente en el reino animal, si bien el mismo autor recuerda la proximidad que en el latín medieval existe entre los términos *rex* e *imperator*: “L’épithète accoutumée du lion en ce temps-là [se refiere a las relaciones entre los reinos de Castilla y León en el siglo XII] était celui de fort, appliqué pareillement au roi ou empereur de Léon (*rex fortis, imperator fortissimus*)”.<sup>25</sup>

Más allá de su vínculo iconográfico con el citado reino, en España el león formó parte, junto a una matrona de tipo romano, de la alegoría de la monarquía española al menos desde el siglo XVII, con un uso esporádico en la pintura oficial y en la ornamentación palaciega.<sup>26</sup> En el XIX, el liberalismo resignificó la imagen de la matrona y el león, convertida en símbolo de la nación soberana, y amplió notablemente su presencia en la esfera pública –prensa, monumentos, grabados, decoraciones de edificios públicos...–<sup>27</sup>, con una cierta división de funciones o significados: la matrona se identificaba con España y el león, con el pueblo español, además de seguir representando en uno de los cuarteles del escusón al viejo reino del mismo nombre. En la fachada del Palacio de las Cortes, construido entre 1843 y 1850, aparecen destacadas, aunque separadas, las dos imágenes, que no podían faltar en la sede de la soberanía nacional. Arriba, en el frontispicio realizado por Ponciano Ponzano, el artista presentó a España como matrona que abraza la Constitución; abajo, a uno y otro lado de la puerta principal, dos leones, obra posterior del propio Ponzano, evocan al pueblo español, su bravura y sus gestas. De una de ellas, la victoria en Wad-Ras (Marruecos, 1860), procedían los cañones tomados al enemigo que proporcionaron el bronce con el que se fabricaron. No es de extrañar que el león y la matrona acabaran constituyendo la alegoría oficiosa de la II República española, que cambió la ampulosa corona real de la figura femenina en tiempos de la monarquía por una mural, mucho más sobria. Algo parecido ocurrió con el águila del Imperio alemán derrocado en 1918, convertido en símbolo de la República de Weimar, tras ser depurada de sus reminiscencias imperiales y militaristas, como la corona y el escudo prusiano.

---

<sup>25</sup> Faustino Menéndez Pidal de Navascués, “*Symbolique d’État et armoiries des Royaumes espagnols*”, en XVIII. *Internationaler Kongreß für Genealogie und Heraldik, 5-9 September 1988*, reproducido en Príncipe de Viana. Homenaje a Faustino Menéndez Pidal de Navascués, n.º. 241, 2007, pp. 581-594 (la cita en p. 582 n.).

<sup>26</sup> Marie-Angèle Orobon, “*El cuerpo de la nación: alegorías y símbolos políticos en la España liberal (1808-1874)*”, *Feminismo/s*, diciembre de 2010, p. 44 n. (DOI:10.14198/fem.2010.16.03).

<sup>27</sup> Juan Francisco Fuentes, “*La matrona y el león: imágenes de la nación liberal en la España del Siglo XIX*”, *Archivos de la Filmoteca*, n.º 66, 2010, pp. 44-67.

El caso español resulta especialmente útil también para establecer una posible yuxtaposición simbólico-ideológica entre el águila y el león. Un decreto de las Cortes del Trienio liberal instituyó en 1822 un pequeño león de bronce, colocado en la punta de un asta, como enseña de la Infantería española, a imitación del águila que habían lucido en su día los ejércitos napoleónicos, siguiendo a su vez el modelo creado por las legiones romanas. Como el *aquilifer* de estas últimas, el *leonífero* español será el soldado encargado de portar el asta rematada con el león de bronce, de unos veinte centímetros, que sostiene con la garra derecha el libro de la Constitución.<sup>28</sup> La estatuilla creada por las Cortes liberales encarnaría, por tanto, al mismo tiempo la independencia y la soberanía nacional. La oposición entre los dos animales, el águila y el león, y su distinto significado político se pondría de manifiesto de forma ya indubitable en la última Guerra Civil española, cuando la alegoría de la matrona y el león quedó definitivamente como símbolo de la república, pese a sus orígenes monárquicos, mientras al otro lado del frente el gobierno de Franco incorporaba la rapaz a su propia versión del escudo nacional mediante un decreto del Ministerio del Interior del 2 de febrero de 1938. No era un águila cualquiera, y menos “la del Imperio germánico, al cabo exótica en España”, precisaba el decreto, “sino la del evangelista San Juan”.<sup>29</sup> La puntualización sobre su origen evangélico tiene un doble interés. En primer lugar, evidencia una vez más el empeño de todos los nacionalismos en atribuir un carácter original y genuino a aquellos mitos e imágenes que comparten con otros nacionalismos –en este caso, el español, en su acepción franquista, con el alemán– para evitar ser tachados de meros imitadores de modas políticas importadas del extranjero. En segundo lugar, es un buen ejemplo de la versatilidad de los símbolos para representar cosas distintas, dependiendo de quién, cuándo y dónde los haga suyos y con qué intención.

La del franquismo al hacer del águila su metáfora de la idea de España iba más allá de lo que literalmente se lee en el decreto de febrero de 1938. En un momento de intensa polarización política, como lo fue el periodo de entreguerras, la elección de los símbolos se rige no solo por el valor intrínseco que se les atribuye, sino también por su capacidad para ser la imagen invertida de los del enemigo. Así, en la España en guerra, y de manera tal vez menos nítida en otros países europeos, el águila era la negación del león y de aquello que representaba: un mundo de dinastías cruzadas, supuestamente sin arraigo nacional; una monarquía en declive

---

<sup>28</sup> Debate en las Cortes recogido por *El Tribuno*, 16 de mayo de 1822. El nombre de *leonífero* utilizado por algún especialista (Juan Álvarez Abeilhé, *La bandera de España*, Revista de Historia Militar, n.º extraordinario, 2015, p. 60), debe de ser muy posterior al Trienio liberal, pero no tenemos constancia de su uso antes del siglo XX.

<sup>29</sup> Decreto del 2 de febrero de 1938, *Boletín Oficial del Estado*, 3 de febrero de 1938, p. 5579.

que en el siglo XIX había intentado salvarse pactando con sus enemigos, partidarios de una soberanía popular que tarde o temprano encontraría su expresión natural en la república. Incorporada al escudo franquista, el águila remitía, como recordaba el decreto, al bestiario cristiano, pero también a un imaginario imperial identificado con los Reyes Católicos y con una simbología, desde el águila hasta el yugo y las flechas, que se vio como alternativa a la monarquía moderna y decadente de los últimos siglos. No en vano el león, símbolo de esta última, había acabado representando a una república que llevó a su ápice la significación liberal de la vieja alegoría monárquica.

Algo parecido había ocurrido unos años antes en la Italia fascista. Un real decreto del 11 de abril de 1929 sustituía por sendos *fasci littori* los dos leones que figuraban desde la unificación en el escudo del reino de Italia.<sup>30</sup> Esta modificación suponía la fascistización del emblema de la Casa de Saboya sacrificando dos elementos, los leones rampantes situados a uno y otro lado del escusón, que resultaban, si no sospechosos de liberalismo, al menos prescindibles cuando se trataba de hacer sitio al fasces y consumir así la “soldadura” simbólica, como la llama un autor, entre el Estado fascista y la dinastía reinante.<sup>31</sup> Pudo influir también, además de la asociación de los leones con el pasado liberal de la monarquía, su presencia en el escudo del Reino Unido, principal escollo, con Francia, para la realización de los planes imperialistas de Mussolini en el Mediterráneo. De ahí el protagonismo incontestable del águila romana en la simbología del Estado y del partido fascista, que al suprimir los leones del escudo de los Saboya transmitía un mensaje inequívoco sobre las intenciones del régimen: la ruptura del *statu quo* tanto en el orden simbólico como en el internacional. En la política interior y exterior italiana, el águila tomaba el relevo del león.

Otros estados de entreguerras optaron también por un cambio en su escudo en el mismo sentido que la Italia fascista o la España de Franco. En Rumanía, la modificación se produjo en 1921, tras el encargo que el rey Fernando I le hizo a tal fin al heraldista József Sebestyén Keöpeczi.<sup>32</sup> Su diseño integraba la nueva composición territorial del reino como consecuencia de los cambios fronterizos de la posguerra mundial y reivindicaba la tradición religiosa del país mediante un águila dorada

---

<sup>30</sup> Regio decreto n° 504, *Poggia ed uso dello stemma e del sigillo dello Stato*, 11 de abril de 1929; *Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia*, 19 de abril de 1929, p. 1716.

<sup>31</sup> Fabio Rugge, *Dallo stemma sabaudo al capo del littorio: episodi di comunicazione amministrativa (1890-1933)*, *Storia Amministrazione Costituzione*, n° 3, 1995, p. 282.

<sup>32</sup> Véase Jovan Jonovski, *The Development of the State Emblems and Coats of Arms in Southeast Europe*, *Genealogy*, n° 7, 2023 (<https://doi.org/10.3390/genealogy7030054>), y, sobre todo, Attila István Szekeres, *The Changes of the Civic Coats of Arms on the Territory of Szeklerland after the Union of Transylvania and Romania*, *Acta Terrae Fogarasiensis*, n° 7, 2018, pp. 339-355.

que sostenía en el pico una cruz ortodoxa.<sup>33</sup> En la versión abreviada,<sup>34</sup> desaparecían los dos leones rampantes del escudo anterior, vigente desde 1872, símbolo de la independencia nacional, que en realidad no se proclamaría oficialmente hasta cinco años después. Aunque diseñado por Keöpeczi, el encargo de Fernando I se hizo a instancias del historiador nacionalista Alexandru Tzigara-Samurcaş, notorio germanófilo en la Gran Guerra, de nuevo proalemán en los años treinta y colaborador del dictador Ion Antonescu a principios de la década siguiente, en plena II Guerra Mundial, lo que le valió posteriormente figurar en diversas listas de intelectuales fascistas y traidores a la patria. Con tales antecedentes, no es de extrañar que el régimen comunista implantado tras la liberación cambiara el diseño de Keöpeczi y eliminara el águila que presidió el viraje del país de la monarquía constitucional, aliada de la Entente en la Gran Guerra, al autoritarismo pronazi de los años 30-40. Signo de los nuevos tiempos, en 1948 un rutilante tractor rojo vino a desempeñar el papel protagonista que tuvo el águila en el escudo nacional durante el cuarto de siglo anterior. Sin embargo, este original hallazgo de la heráldica comunista duró apenas unos meses y fue sustituido, en un nuevo escudo, por un discreto pozo petrolífero que emergía, como un abeto más, de un bucólico paisaje montañoso, junto a un río de aguas cristalinas. Nada quedó de esta insólita mezcla de romanticismo kitsch y desarrollismo comunista tras la caída del régimen de Ceauşescu en 1989, lo que parece demostrar una vez más la dificultad de consolidar como símbolos imágenes ajenas al repertorio habitual. La Rumanía poscomunista recuperó el escudo del águila diseñado por Keöpeczi en 1921, aunque sin los atributos monárquicos de entonces.

El águila presidió asimismo los emblemas oficiales de Albania y Yugoslavia en la etapa de entreguerras en un gesto de afirmación de su identidad eslava, que indirectamente remitía a la tradición bizantina. Estados de muy reciente creación, los dos derivaron a lo largo de aquellos años, como se ha visto, hacia monarquías autoritarias, reforzando así la correlación político-simbólica que se observa en la Europa de entreguerras: todos aquellos estados que inmediatamente después de la Gran Guerra disponían de un régimen parlamentario y llevaban un águila en su escudo –Alemania, Austria, Polonia, Yugoslavia y Albania– acabaron en dictaduras; otros, como España e Italia, cambiaron el león por el águila, como normalizando la equivalencia entre el sistema político y el animal que creían que lo representaba más fielmente. También lo hizo Grecia en la etapa de la dictadura republicana de Pangalos, pero su experimento heráldico no tuvo continuidad más allá de aquel

---

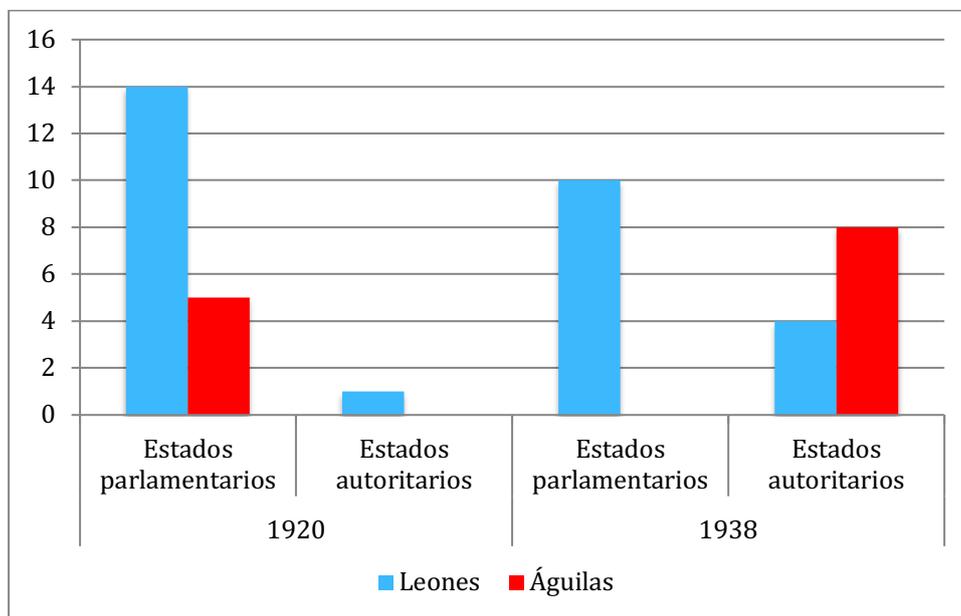
<sup>33</sup> Fig. 1 en el artículo de Szekeres, “*The Changes of the Civic Coats of Arms*”, *op. cit.*, p. 351.

<sup>34</sup> Fig. 3, *Ibid.*

breve periodo. En el caso de Rumanía, el cambio completo -águila sin leones- se dio tan solo en la versión abreviada de su escudo y precedió al paso del liberalismo al autoritarismo, en vez de reflejarlo *a posteriori*, como en Italia y España.

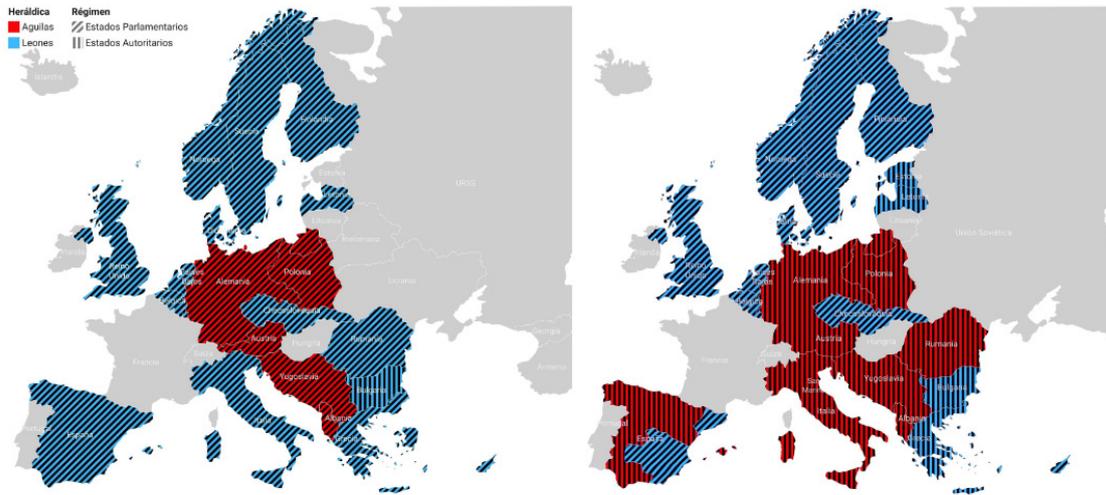
Como resultado de este proceso de acomodación simbólica a la tendencia dominante en los años treinta, al final del ciclo no quedaría ningún Estado parlamentario con águila en su escudo de armas. Su presencia corresponde en exclusiva a la emblemática de las dictaduras más o menos fascistas, mientras que el león prevalece en los estados parlamentarios, ya sean reinos –sobre todo– o repúblicas, que consiguen resistir la ola autoritaria, al menos hasta el comienzo de la II Guerra Mundial. Monarquías constitucionales que se mantienen en pie al final de este periodo y llevan uno o varios leones en su escudo son Reino Unido, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega y Suecia. Las repúblicas con tales características se reducen a Checoslovaquia y Finlandia, que en 1938 aún no habían sucumbido a la deriva del continente hacia el totalitarismo. Otras, como Francia, Suiza, Irlanda o Portugal, estuvieron siempre al margen de la dicotomía águila/león que en los años veinte y treinta presidió la evolución de la política europea del régimen parlamentario a la dictadura.

Gráfico 3:  
Leones *vs.* águilas



Fuente: elaboración propia

Mapa 4:  
Leones *vs.* Águilas en la Europa de entreguerras (1920-1938)



Fuente: elaboración propia

#### IV. EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN: LOS LEONES VENCIERON A LAS ÁGUILAS (¿O NO?)

“Fascist Eagle & British Lion”: así titulaba la revista norteamericana *Time*, en enero de 1937, el editorial que encabeza estas páginas, dedicado a valorar un reciente acuerdo entre los gobiernos británico e italiano a propósito de algunos de los contenciosos que enfrentaban a los dos países. Poco importa que los acontecimientos demostraran lo errado que estaba el editorialista de *Time* al sugerir que aquel acuerdo podía inaugurar una entente ítalo-británica que rompiera el eje democracia/dictadura en torno al cual giraba la política europea en aquel momento. Lo que aquí interesa es la metáfora zoomórfica a la que recurre el autor: ¿podían el águila y el león ponerse de acuerdo y evitar una nueva guerra en Europa?

La yuxtaposición, bastante común, de los dos animales como expresión de un antagonismo entre dos naciones combinaba significados diversos, más o menos solapados o complementarios. El león británico –como el león español, el gallo francés o el oso ruso– se prestaba a una interpretación idiosincrásica del pueblo al que representaba, en este caso, la fiereza y el orgullo de *the old British lion* y el incontestable poderío que ejercía en sus amplios dominios. En cambio, el águila fascista caracterizaba a Italia bajo un régimen político concreto que al adoptar este símbolo, tomado del Imperio romano, reivindicaba su glorioso pasado y su intención de reeditararlo. En todo caso, el significado del águila estaba mucho más claro que el de su contraparte felina. Al principio de la Gran Guerra, el escritor Romain Rolland escribía en una carta a Stefan Zweig que aunque todos los estados, “y digo estados y no pueblos”, tenían una parte de responsabilidad en el origen del conflicto, “hay tres (las tres

águilas) a quienes reservo la mayor parte de ésta”.<sup>35</sup> Se refería con toda probabilidad a los tres grandes imperios europeos que tenían el águila en su emblema: Alemania, Austria-Hungría y Rusia. Aunque enfrentadas la última y las dos primeras en el campo de batalla, “las tres águilas”, como las llama Rolland, compartían unos sueños imperiales y una concepción autocrática del poder que las distinguía del resto de los países europeos, entre ellos aquellos reinos que lucían el león en sus escudos, que contaban con regímenes parlamentarios y que, en general, salvo alguna excepción, carecían de pretensiones expansionistas en Europa.

Águilas contra leones: aquella era una vieja división metafórica del continente que fue adquiriendo significados distintos según las épocas, sin perder del todo ciertos elementos comunes o recurrentes. Michel Pastoureaux señaló el carácter antinómico de los dos animales en la heráldica medieval: “Statistiques et cartographies héraldiques (exercices difficiles) mettent bien en valeur le caractère antinomique des deux animaux: jusqu’au milieu du XIVe siècle, on observe que toutes les régions riches en aigles sont (relativement) pauvres en lions, et réciproquement”.<sup>36</sup> Es decir que la presencia de uno de los dos animales en los escudos de armas nobiliarios y corporativos de tal o cual región estaba en proporción inversa a la del otro: a más águilas, menos leones, y viceversa. Pastoureaux añadía un argumento que explicaría la incompatibilidad entre ambos y que, *mutatis mutandis*, se podría aplicar al fenómeno estudiado en estas páginas: “L’aigle est l’animal de l’empereur, de ses partisans, de ses ‘fonctionnaires’; le lion est l’animal de ses adversaires. Aux XIIe et XIIIe siècles, les querelles entre Guelfes et Gibelins mettent particulièrement en exergue cette lutte politique et emblématique entre les deux animaux.”<sup>37</sup> También en la Europa de las primeras décadas del siglo XX el antagonismo entre ambos animales giraba en torno a la fuerte carga simbólica del águila, metáfora de un poder imperial y autocrático que desde fuera se veía como una amenaza, mientras que el león sería, como dice el historiador francés, “l’animal de ses adversaires”, no tanto por su simbolismo intrínseco como por ser la negación de un imperialismo *vintage* identificado con su oponente. El fascismo, por un lado, y el liberalismo, por otro, dieron una nueva carta de naturaleza a la vieja polarización heráldica del continente.

Pese a la heterogeneidad de aquellos estados que en la Europa de entreguerras llevaban el león en su escudo, existe un espacio geográfico y político relativamente compacto, aunque periférico, formado por las monarquías constitucionales del norte que se mantuvieron en pie, sin concesiones al autoritarismo, hasta el comienzo de la II Guerra Mundial

---

<sup>35</sup> Stefan Zweig, Romain Rolland: *De un mundo a otro mundo. Correspondencia (1910-1918)*, Acantilado, Barcelona, 2024, carta de R. Rolland a S. Zweig, Ginebra, 5 de julio de 1915, p. 232.

<sup>36</sup> Michel Pastoureaux: “*Quel est le roi des animaux?*”, *op. cit.*, p. 140.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 141.

(véase Mapa 2). Algunas de ellas lideraron la democratización del sistema liberal con la introducción temprana, antes que algunas repúblicas, del sufragio femenino y facilitando el acceso de la socialdemocracia al poder. Las nuevas repúblicas, en cambio, aquellas que surgieron como alternativa a los imperios derrotados en 1918 y que, con excepción de Checoslovaquia y algún estado báltico, mantuvieron en sus escudos la vieja águila imperial, acabaron sucumbiendo a la ola autoritaria. Las monarquías parlamentarias del norte constituyeron, así, el núcleo duro del liberalismo continental en un momento en que su continuidad histórica estaba claramente en entredicho. El tiempo demostró, por tanto, que la verdadera disyuntiva en 1918, o el año anterior, cuando Bagaría dibujó su “Museo del porvenir”, no era república/monarquía, sino dictadura/libertad, y que esta última encontró mejor acomodo en las democracias coronadas del norte y el oeste de Europa que en las repúblicas instauradas en la inmediata posguerra, a menudo en medio de procesos revolucionarios resueltos de forma abrupta. Ese origen convulso alimentó en las jóvenes repúblicas –Alemania, Austria, Hungría, Polonia, los estados bálticos...– un irredentismo revolucionario o contrarrevolucionario que fue a más en los años siguientes y sirvió de caldo de cultivo al autoritarismo de entreguerras.

La manera en que unos y otros estados se fueron alineando a lo largo de aquel periodo responde a factores geopolíticos y culturales, nacionales e internacionales, muy diversos, que en vísperas de la II Guerra Mundial acabaron confluyendo en una representación dicotómica del continente: dictaduras con águilas; democracias –casi todas monarquías– con leones. La Guerra Civil española, con el águila franquista a un lado del frente y, al otro, la alegoría de la matrona y el león, que la república tomó de la monarquía, es un buen ejemplo de ello. Como en España a partir del triunfo franquista en abril de 1939, el estallido de la guerra en Europa unos meses después consagrará durante los años siguientes la hegemonía incontestable del águila en su versión nacionalsocialista a medida que la Alemania nazi fue extendiendo su dominio militar y estableciendo en los países sometidos gobiernos títeres o colaboracionistas, como el de Vidkun Quisling en Noruega, que supuso una extraña cohabitación entre el águila nazi de su partido, el Nasjonal Samling, y el león del escudo oficial de la monarquía.

El desenlace de la guerra en 1945 podría considerarse una derrota de las águilas frente a sus adversarios, los leones. El inglés encarnó en solitario la resistencia contra el nazismo en el año que transcurrió entre la rendición de Francia y la invasión de la URSS por Alemania, que hizo saltar por los aires el pacto germano-soviético de agosto de 1939. Las monarquías del norte –Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca y Noruega– soportaron la ocupación alemana sin comprometer su futuro con un colaboracionismo dinástico que, como ocurrió en Italia, habría acabado

con ellas. Cuando el águila del III Reich, vencida por los ejércitos aliados, abandonó aquellos países, la monarquía y sus símbolos seguían allí. En realidad, la victoria aliada hubiera sido imposible sin la decisiva participación de Estados Unidos y la URSS, dos países completamente ajenos, si no contrarios, al canon político-simbólico que representó la resistencia liberal frente al totalitarismo en la Europa de entreguerras: monarquías con régimen parlamentario y uno o varios leones en su escudo. Al final, fueron el águila estadounidense y el oso ruso quienes decidieron la contienda, aunque un documental televisivo titulado *Hitler vs Churchill: The Eagle and the Lion* (Roche Productions, 2016) haya puesto el foco en el duelo que libraron durante cinco años el *Führer* del III Reich y el primer ministro británico, el águila y el león.

Ciertamente, el águila calva de Estados Unidos tenía poco que ver con la de los viejos imperios derrotados en 1918 o con aquella que Hitler eligió personalmente, cinco años después, como protagonista del emblema de su partido, sujetando con sus garras una esvástica rodeada por una corona de hojas de roble.<sup>38</sup> Pero tras la II Guerra Mundial el reinado del león en la política europea iba a dar paso definitivamente a nuevas realidades necesitadas de nuevos símbolos. Esa conciencia de un tiempo nuevo explica la superación de la vieja dialéctica entre el águila y el león y las preferencias de la opinión pública europea por otros animales, como el lobo y el toro, como expresión de una identidad propia frente al águila norteamericana, el oso ruso y el panda chino.<sup>39</sup>

Enviado el (Submission Date): 4/2/2025

Aceptado el (Acceptance Date): 13/4/2025

---

<sup>38</sup> Rosa Sala Rose, *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, op. cit., p. 40.

<sup>39</sup> “Les Américains ont leur aigle, les Russes leur ours et les Chinois leur panda. Et les Européens? Amis internautes, donnez vous aussi votre avis!”; “Quel animal pour incarner l’Europe? Donnez votre avis?”, encuesta lanzada por *La Tribune* de Ginebra el 9 de enero de 2009. La encuesta se saldó a favor del lobo, seguido del toro (“Les lecteurs de ‘La Tribune’ choisissent le loup pour incarner l’Europe”; *La Tribune*, 6 de abril de 2009). Sobre el animal más representativo de la China actual, véase el clarificador texto de Luis Fernández-Galiano “*El panda y el dragón*”, Arquitectura Viva, n° 150, 2011, así como el libro de Emilio Lamo de Espinosa *Entre águilas y dragones. El declive de Occidente*, Espasa, Madrid, 2021.